

vés de la suerte! ¡Un rival! ¿Puede haber elementos mas románticos? ¿Puede haber cosas mas brillantes para un jóven de buen tono? A buen seguro que nunca ha sido tan envidiable tu posicion social.

—¡La carta!

—Yo me guardaré muy bien de enseñártela. Eres demasiado aficionado á los desafíos, y si tu rival es mas diestro, seria lástima que murieses á la flor de tu edad.

—No me aterra la muerte... la deseo.

—Siendo así, toma la carta.

Y Fernando recibió de la mano de Carlota el billete que era á la sazón la manzana de oro del Juicio de París. Abrióla temblando de ira el celoso jóven, y leyó lo siguiente:

«Mi querida Carlota: te dije ocho meses atrás, *yo moriré jóven.*

Pues bien, mi vaticinio vá á cumplirse muy en breve.... Siento que mi fin se acerca.

Antes de morir tengo precision de verte, de hablarte.

He de referirte mil cosas que os interesan tanto á tí como á Fernando. Sé que ha disminuido mucho su fortuna, y para evitar su completa ruina, le nombro en mi testamento heredero universal de cuanto me dejó mi madre.

Con esto podreis vivir en una brillante posicion.

Solo exijo una condicion precisa, y es que os unais en vínculos indisolubles bendecidos por un ministro del altar.

No le abandones jamás.

Amale como sus virtudes merecen, y sobre todo, no le hables nunca de mí.

¡Me ha olvidado!... mejor para él; no turbes su felicidad por

el disgusto que le causaria el recuerdo de mi muerte.....

Sé que su corazon es sensible y generoso.

Ven pronto á verme.

Séparate de Fernando por breve tiempo.

Busca algun pretexto para venir á Madrid sin que recele el verdadero motivo de semejante separacion.

Ven á hablarme de él, á decirme lo que hace, si es como siempre tan hermoso de alma como de cuerpo...

Me interesa saberlo, porque le amo mas que nunca; pero esto solo tú lo sabes, y te ruego que no lo reveles á nadie, porque nadie debiera saberlo mas que Dios.

Ponte en marcha tan pronto como recibas la presente.

Espero que aun podré darte el último abrazo; pero si retardas tu venida es seguro que hallarás en mi lugar... un cadáver!

No desprecies el último ruego de tu leal amiga = LAURA.»

Después de haber leído esta carta, quedóse Fernando sumergido en tan profundo estupor que parecia se hubiera vuelto idiota.

Lágrimas acerbadas vagaban por lo interior de las órbitas de sus ojos, cuyas pupilas permanecian inmóviles; pero no lloraba, sus párpados estaban secos.

—¡Laura!... ¡Laura me ama... y tú me habias hecho creer que le era indiferente! ¡Laura!... ¡mi primer amor!... ¡mi único amor!... Aquel ángel que guiaba mis vacilantes pasos... aquella tierna amiga, cuya voz encantadora sumia mi corazon en los éxtasis del poeta, en los deliciosos éxtasis que no han vuelto á arrobar mi corazon. ¡Laura! aquella candorosa criatura por quien tantas lágrimas derramo cuando estoy solo.... aquella cuyo recuerdo no me abandona un solo instante... En tus mismos brazos, Carlota, me hago la ilusion de que recibo sus caricias... y ella se muere...

— ¡Dios mio! — exclamó — he vuelto á encontrar mi alma... ya puedo llorar. Mucho he padecido lejos de tí, Laura mia, y no he podido verter una sola lágrima.

— ¿No me habias olvidado? — preguntó la enferma mirando tiernamente á su amante.

— Puedes creerme, Laura mia — dijo Fernando mirándola con complacencia, — te aseguro que no he conocido el amor sino á tu lado. Desde que dejaste de amarme le he buscado inútilmente.

— Yo no he dejado nunca de amarte. Creia que mi compañía te era enfadosa y te dejaba con Carlota. ¿La amas mucho?

— Te repito que nunca he amado á nadie mas que á tí.

— Siendo así, aun moriré dichosa. ¡A Dios, Fernando!

— ¡Oh! no, Laura mia, no quiero que te mueras.

— Mi fin se acerca.

— Quiero que vivas conmigo, ó te he de seguir á la tumba.

— No, amigo mio, vive tú... y sé dichoso.

— Yo no puedo serlo sin tí... sin tu amor.... sin tu generoso perdon.

— ¡Fernando!

— ¡Laura mia! Vive, vive para hacerme feliz.

— ¿Lo serias á mi lado?

— Solo á tu lado puedo serlo, bien mio... solo en tu compañía, de la cual no me he de separar ya nunca.

— ¡A Dios, Fernando!

El arrepentido jóven cayó de rodillas ante el lecho de su amada, y después de besar sus manos é inundarlas de lágrimas, alzóse de improviso y besó con entusiasmo los lábios de Laura.

La enferma sintió una violenta convulsion.

El médico mandó salir del cuarto de la enferma á su amigo, é

hizo llamar á un ministro de Dios, que aguardaba en una sala contigua.

— Si resiste estas últimas impresiones — murmuró el facultativo lleno de esperanza — se ha salvado.

Un año después de la precedente escena, dos esposos felices viajaban con su facultativo.

Fernando y Laura se hallaban precisamente en París, cuando se bautizó el primer fruto de sus amores.

Fué padrino el médico Ramirez, y distribuyó grandes limosnas entre los pobres.

Al ir á entregar una moneda á una jóven, lanzó esta un grito desgarrador y huyó despavorida.

No lo hubiera estrañado el facultativo si hubiera podido conocerla.

Era Carlota, en cuyo lindo rostro habian hecho estragos las viruelas; y como le faltaba la verdadera hermosura, que es LA DEL ALMA, abandonada de todos y sin fuerzas para trabajar, no le quedaba mas arbitrio que mendigar de puerta en puerta el alimento.



se muere porque me ama y cree que yo amo á otra! No, Carlota, yo no puedo amarte, porque mi amor es todo para Laura. Tenia vanidad de tenerte á mi lado porque eres hermosa; pero LA VERDADERA BELLEZA ES LA DEL ALMA, y este inapreciable tesoro nadie le posee como Laura... ¡Y se muere!... Dios mio, perdon, perdon por haberme avergonzado de amar á un ángel. ¡A Dios para siempre, Carlota!

—¿Estás loco?!!

—Quiero verla... quiero su perdon... quiero morir con ella.

—Viento en popa, amigo mio. Ya he dicho antes que no habíamos nacido el uno para el otro. Apuradamente no me ha de faltar á quien elegir entre la escolta de galanteadores que de continuo me sigue en todas partes, y para hallar uno mas amable que mi señor don Fernando, no se necesita á buen seguro la linterna de Diógenes.

Pocos dias después, Fernando, trémulo como el criminal que va á comparecer ante su juez, pisaba la casa donde habia abandonado á su bienhechora.

Un criado le salió al encuentro y ambos se estremecieron al reconocerse.

—¡Leandro! ¿tú aquí?

—Sí, señor... Yo no abandono á mi buena señorita. ¿Qué me importa que no sea linda ni elegante? Es muy buena y la amo de todo corazon.

—Quiero verla ¿dónde está?

—Va usted á matarla si entra. Toda la noche ha estado delirando. No hacia mas que repetir el nombre de usted.

—¡Y quieres impedirme que la vea!

—Avisaré al señor doctor.

—Dile que no la hablaré, que me ocultaré para que no me vea; pero quiero recoger su último suspiro.

Leandro entró en otro aposento y saliendo en breve hizo señal á Fernando que podia pasar adelante.

Grande sorpresa fué la suya al reconocer en el facultativo al generoso amigo Ramirez, á quien habia olvidado.

—Tu buena amiga va á morir si Dios no hace un milagro—dijo conmovido el doctor.—Aproxímate á su lecho.

—Mi presencia...

—Puede matarla ó salvarla. Va á sentir una fuerte emocion, cuyas consecuencias es imposible adivinar. Probablemente no podrá resistirla y morirá mas pronto. ¿Pero vienes á hacer alarde de tu ingratitud?

—Vengo á pedirle perdon y decirle que la adoro.

—Eso pudiera tal vez aliviarla. Una sensacion agradable.... Con todo, lo mas natural es que no pueda resistirla; pero ya que ha de morir, que sepa que tú la amas y bajará contenta al sepulcro.

Fernando se aproximó al lecho de la moribunda.

Esta que habia estado aletargada hasta entonces después de un fatigoso y prolongado delirio, abrió los ojos como impelida por un instinto sobrenatural, y exclamó:

—¿Eres tú, Fernando? ¡Dios mio!

Y la infeliz ocultó su rostro.

—Laura, mi buena Laura—dijo Fernando con amorosa dulzura—mírame, te lo suplico, tu amante quiere verte.

—No, no, te repugnaria... te volverias á desmayar.

Fernando prorumpió en abundante lloro.